

Fecha de recepción: 23-10-2018

Fecha de aceptación: 23-1-2019

Link para este artículo: <http://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.03>

Puede citar este artículo como:

CANTOS CASENAVE, Marieta, «La labor de Ángel Fernández de los Ríos en pro del género cuentístico a través de sus periódicos y de su *Tesoro de cuentos* (1864). Una aproximación», *Anales de Literatura Española*, n.º 31 (2019), pp. 49-82.

LA LABOR DE ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS EN PRO DEL GÉNERO CUENTÍSTICO A TRAVÉS DE SUS PERIÓDICOS Y DE SU *TESORO DE CUENTOS* (1864). UNA APROXIMACIÓN

MARIETA CANTOS CASENAVE

Universidad de Cádiz¹

Resumen

El propósito de este trabajo es realizar un primer acercamiento al estudio de la labor de Ángel Fernández de los Ríos en favor del cuento popular y literario, primero a través de las revistas pintorescas e ilustradas en las que colaboró y dirigió y luego a través de su *Tesoro de cuentos* (1864), con la idea de examinar su interés por este género narrativo, la finalidad con que se escribió este volumen, el contexto en que se publicó y su novedad.

Palabras clave: Ángel Fernández de los Ríos, cuento, *Tesoro de cuentos*, periodismo y literatura, siglo XIX, Hans Christian Andersen.

Abstrac

The purpose of this work is to make a first approach to the study of the work of Ángel Fernández de los Ríos in favour of the popular tale and the short story, first through the picturesque and illustrated magazines in which he collaborated and directed and then through his *Treasury of Stories* (1864), with the idea of examining his interest in this narrative genre, the purpose for which this play was written, the context in which it was published and its novelty.

Keywords: Ángel Fernández de los Ríos, tale, *Tesoro de cuentos*, journalism and literature, nineteenth-century, Hans Christian Andersen.

1. Este trabajo se enmarca en el Proyecto «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (FFI2017-82177-P), financiado por AEI/FEDER, UE.

El proyecto nacional de un escritor y periodista implicado. Trayectoria vital de un hombre comprometido

Como señaló Ossorio y Bernard, la figura de Ángel Fernández de los Ríos (1821-1880) «es de las que crecen y se agigantan con la marcha del tiempo» (1903, 134). No obstante, quizás por lo prolífico de su trayectoria, y a pesar de los notables esfuerzos de Bonet Correa (1975) y Cecilio Alonso (1996 y 2002), aún quedan muchas zonas en penumbra, algunas de ellas enturbiadas por una escritura militante que tradicionalmente ha sido desdeñada, caso de Blanco García que la tildaba de «caricaturas con andrajos» muy en consonancia con el pensamiento de las élites y los afectos al poder establecido (Alonso, 2002, 144).

Fernández de los Ríos nació en el seno de una familia liberal. No en vano, su padre, el juez ante quien Juan Vanhalen quiso acreditar su compromiso con el liberalismo (Cantos Casenave, 2019)², fue perseguido por los Apostólicos tras el Trienio (Bonet Correa, 1975, 9-10). Así que, desde joven, Ángel se comprometió con este ideario y formó parte de la logia masónica «Doce Hombres de Corazón», de la calle Jacometrezo, a la que también pertenecía su amigo Calvo Asensio (Bonet Correa, 1975, 10). Junto a este se iniciará, poco después, como periodista en *El Espectador*.

Sin dejar de sentirse miembro de la fraternidad universal, sus colaboraciones con el inspirado editor Ignacio Boix (Peñas Ruiz, 2018) lo ponen en camino de continuar el proyecto nacionalizador de su admirado Mesonero Romanos en el *Semanario Pintoresco Español* (Rubio Cremades, 1995), al poner las empresas periodísticas al servicio de una cultura nacional propia, aunque no de espaldas a la universal (Riego 2001). No podía estarlo desde el momento en que el periodista había establecido contacto con la realidad europea. Había visitado y descrito París en los dos volúmenes del *Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París* (1845), publicados por la imprenta y librería de Ignacio Boix, con dibujos y grabados xilográficos que, además de venderse en Madrid y otras librerías de provincias, se hallaba en todas las «administraciones de diligencias de la carrera tanto españolas como francesas y en las capitales de provincia en casa de los corresponsales del editor». Algunos años después, en 1848, «Fernández de los Ríos emprende viaje a París con una misión política para Mendizábal» (Bonet Correa, 1975, 11) y en 1849 funda una de sus empresas punteras, *La Ilustración*, asociado con el impresor Alhambra (Alonso,

2. Al mismo tiempo que justificaba su trayectoria militar y su implicación en las distintas intenciones revolucionarias previas al levantamiento de Riego, trataba de desmontar las razones que habían llevado a algunos compatriotas a acusarlo de haber delatado a sus compañeros cuando estuvo preso por la Inquisición, primero en Murcia y luego en Madrid (Cantos Casenave, 2019).

2002, 149), donde se propone asomar al lector a la actualidad universal. En enero de 1850 participa como editor en *El Agricultor Español*³ y, casi al mismo tiempo, se embarca en una nueva aventura, la fundación de *Las Novedades*, con la que pretendía renovar el panorama periodístico informativo, para dar prioridad a las noticias frente a los artículos de opinión.⁴

En diciembre de 1856 enviudó de su mujer, después de perder a su hija, lo que le llevó a vender en 1857 *Las Novedades* a Nemesio Fernández Cuesta, y retirarse a San Vicente de Toranzo. A su regreso a Madrid, se acercó a las filas del krausismo, y poco después entró a colaborar en *La Iberia*⁵ (1860-63), de su amigo Pedro Calvo, periódico que abandonó cuando, a la muerte de este, lo sustituyó Sagasta y cambió de rumbo la política antidinástica del periódico.

En esas fechas, se dedicó a cultivar la biografía con los estudios sobre Olózaga y Muñoz Torrero (1863 y 1864), para luego volver a dirigir una nueva empresa periodística, *La Soberanía Nacional* (1864-66). El periódico se centra ahora en la realidad española, al advertir que la falta de opinión en España impedía alcanzar la democracia. Desaparecida esta cabecera tras el levantamiento del Cuartel de San Gil, pues la Guardia Civil ocupó la imprenta (Picón, 1880, 426), Fernández de los Ríos no dudó en afrontar seguidamente un nuevo reto periodístico: *Los Sucesos* (1866-1868)⁶ que, a pesar de su éxito —logró

3. Se trata de un periódico escrito por El conde de Rault y de Ramsault, y A. Fernández de los Ríos, publicado en Madrid desde el 1 de enero de 1850 al 31 de diciembre de 1851. Aunque más adelante me referiré a él brevemente, apenas incluye relatos sino en forma de anécdotas.

4. Como señala Valeriano Bozal (1979, 97), *Las Novedades* empezó a publicarse en diciembre de 1850 y constituyó una tendencia que pretendía dar primacía al hecho informativo frente a la opinión, aunque la parte no informativa sigue teniendo, en la práctica, un peso relevante. «La sátira se mueve en un marco y con unos enfoques tradicionales, y de ella se encargan también autores tradicionales: Modesto Lafuente, Juan Martínez de Villergas, etc., recogiendo también caricaturas al modo usual».

En esta publicación se incluyeron novelas a modo de folletín, algunas de ellas traducidas, como *La cabaña del Tío Tom*, pero apenas se incluyeron cuentos.

5. *La Iberia* regalaría a sus suscriptores el *Almanaque político y literario de La Iberia*, donde junto a artículos de historia, política o geografía contaba con colaboraciones literarias de Carolina Coronado, Bretón de los Herreros, Juan Eugenio Hartzenbusch, Manuel Fernández y González, Ventura Ruiz Aguilera, entre otros. Cf., a modo de ejemplo, las anunciadas en *La Iberia* de 8 de abril de 1862.

6. *Los Sucesos*, Madrid, Imprenta de M. Tello, 1866. Más tarde, en 1867, llegaría a tener su propia imprenta en el Establecimiento Tipográfico Los Sucesos, a cargo de Ramón Berenguillo, que figura también en ocasiones como editor responsable. La colección parcial que se encuentra en el Archivo Narciso Escovar de Málaga se inicia el 11 de septiembre de 1867.

Aunque haré alguna mención, excluyo este periódico de mi estudio porque en él solía incluirse una novela en su segunda página y el relato breve suele quedar reducido a unas

7.000 suscriptores—, hubo de abandonar por verse amenazado por un Consejo de Guerra y la pena de muerte. A Fernández de los Ríos no le quedó otra opción que marchar al exilio con rumbo a París (Alonso, 2002, 140).⁷

Tras el éxito de la Revolución del 68, Fernández de los Ríos decidió regresar a Madrid. No obstante, en enero de 1869 aceptó el encargo de viajar a Lisboa para ofrecer la corona a Don Fernando de Coburgo, decisión que no debe extrañar en un escritor que, como Valera y otros, había sido convencido defensor del ideal iberista —que aspiraba a la reunión de España y Portugal—, apoyada desde las páginas del periódico de su amigo Pedro Calvo, *La Iberia*. El fracaso de esta iniciativa le hizo regresar a España en 1872 y, tras el incierto éxito de la experiencia amadeísta, puso sus ilusiones en la República como posibilidad de llevar a cabo una necesaria regeneración, aunque pronto se distanció de sus correligionarios del Partido Radical, encabezado por Ruiz Zorrilla.

Su compromiso ideológico y político le llevó a conocer por segunda vez el exilio en 1876. Cuando hacía poco que había empezado a colaborar en *El Imparcial*, fue detenido y hubo de salir de España con 52 años, para establecerse en París. Tal vez por este motivo, además de recurrir al seudónimo *Fulano*, decidió servirse de las firmas *Un viajero español* y *Antonio Pérez* (Ossorio y Bernard 1903, 134), personaje este último que habría de morir en el exilio francés. Como si la elección de ese seudónimo fuera fruto de un presentimiento, Fernández de los Ríos hubo de abandonar su patria esta vez por un periodo más largo que llegaría hasta su muerte en 1880.

Durante este segundo exilio, además de publicar nuevamente en París el volumen *Mi misión en Portugal* (1877), envió desde el país vecino artículos a *La Época*, que firmó con el seudónimo de *Fulano*. En *El Solfeo* colaboraría durante los últimos años de su exilio parisino y en *La América. Crónica Hispano-Americana*, dirigida por Eduardo Asquerino, comenzó a colaborar en el tomo XX (1879) y, desde marzo a mayo de 1880 —enfermó el 30 de mayo—, publicó colaboraciones quincenales en *La Ilustración Española y Americana*.

Fernández de los Ríos regresaría a España ya cadáver, en un vagón que lo condujo desde la estación de Orleans a la del Norte en Madrid, como narra la

cuantas anécdotas, cuentecillos jocosos o chistes, en su mayor parte sin firma, al estilo de los que ya había incluido en *El Agricultor español*.

7. Durante este primer exilio parisino en 1867-68 (Alonso, 2002, 148 y n.), publicó las *Poesías* de Güell y Renté, que se reeditaron en 1884, en París, Librería de P. Bregi. Llevaba un sentido prólogo donde explicaba su amistad con el autor a raíz de la participación del cubano como diputado y luego en las barricadas en Valladolid, al frente de una revolución ciudadana a favor de la libertad, con el consiguiente exilio que marcó el tono melancólico de sus poesías frente al optimismo e ilusión religiosa de los poemas de su juventud.

crónica que Jacinto Octavio Picón redactó en París, para *La Ilustración española y Americana* (30 de junio de 1880), e ilustró gráficamente su amigo Pellicer.

Un planteamiento nacionalizador

Al menos desde enero de 1847, Fernández de los Ríos reflexiona sobre la dificultad de los escritores para dar a conocer sus creaciones originales. No tanto, tal vez, en el campo de la poesía, pues fácilmente podrían leerse en una tertulia más o menos amistosa o en una reunión más institucional como las mantenidas en academias, ateneos y liceos, tampoco en el ámbito dramático, pues los cada vez más numerosos teatros estaban deseosos de llenar sus carteleras. El mayor obstáculo lo encontraban los narradores que ambicionaban publicar una novela original. Una nota inserta en el momento de ver la luz en el *Semanario Pintoresco Español* de 1847 *La casa de Pero-Hernández. Leyenda histórica*, de Miguel Agustín Príncipe —autor del que Fernández de los Ríos publicaría otros relatos en empresas periodísticas posteriores como *La Ilustración*— advertía algunas de esas dificultades:

Esta leyenda comenzó a insertarse dos veces en dos distintos periódicos, uno político y otro literario, y una vez y otra vez fue preciso suspenderla, dejando colgada la lectura de tan maravillosa historia, por haber cesado a los pocos días las publicaciones en que salía a luz. Disgustado el autor con estos percances, había determinado olvidarla para siempre, y esto con tanto más motivo cuanto menos fácil le es anudar con el acierto debido el hilo de sus ideas interrumpido por largo espacio de tiempo, no acordándose ya a estas horas ni del plan que tenía trazado, ni del fin u objeto predominante a que dirigía sus miras al dar principio a su narración; pero el DIRECTOR LITERARIO de EL SEMANARIO PINTORESCO se ha empeñado con tanta eficacia en reclamarla para sus columnas, que ha sido necesario complacerle y tomar de nuevo la pluma, no solo porque así lo exigía la debida correspondencia a tanta amabilidad, sino porque no existiendo el peligro de que EL SEMANARIO concluya antes que la Leyenda en cuestión, ha desaparecido el motivo que se oponía principalmente a la tercera reaparición de LA CASA DE PERO-HERNANDEZ (*Semanario Pintoresco Español* 1847, 3 enero).⁸

Meses después, cuando la obra fue publicada en la madrileña imprenta de Baltasar González, Fernández de los Ríos iniciaba su prólogo con la siguiente reflexión:

8. Como recoge Simón Díaz (1946), la obra se publicó en sucesivas entregas del II tomo correspondiente al año 1847. Cf., *La casa de Pero-Hernández. Leyenda española*, 84-85, 91-92, 125-27, 143-44, 149-51, 167-68, 198-200, 205-8, 213-14, 223-24, 230-33, 247-48, 261-63, 269-71, 277-80, 293-96, 417-69. No obstante, la primera página que se indica se corresponde con el capítulo II. El primero se publicó en las páginas 70-71, ilustrado con un grabado de Castelló.

Adviertese en nuestra literatura contemporánea un vacío deplorable, los traductores con sus versiones del francés han monopolizado los folletines y las publicaciones recreativas. ¿Por qué yace desatendida y desdeñada la novela en la patria de Quevedo y de Cervantes? (Fernández de los Ríos, 1848, VII)

Luego, se interrogaba sobre algunas de las posibles causas esgrimidas por sus contemporáneos:

¿Será que la índole del ingenio español no se acomode fácilmente a las condiciones de este género de escritos? ¿Nos faltan por ventura ya en el estado presente de nuestra sociedad, ya en nuestra historia, ya finalmente en nuestras creencias los elementos necesarios para la obra del novelista?

A todo ello se respondía negativamente y entonces volvía a plantearse: ¿Por qué pues no se escriben novelas en España? Y aventuraba las siguientes hipótesis, particularmente acerca del vacío en este campo narrativo:

Es ciertamente muy notable, que cuando las letras parecen salir de su postración en nuestro país, remontándose un tanto, la novela yace abandonada y sin que apenas de año en año den a luz nuestras prensas, una que otra original, cuyo nombre haya llegado a sobrevivir al primer mes de su publicación.

Mientras la novela ha contado para su elevación en los tiempos modernos, en Inglaterra con Walter Scot, en los Estados Unidos con Cooper, en Alemania con Yffland, en Italia con Manzoni, en Francia con Dumas y Sué, en España no existe un solo autor que haya aspirado al título de novelista. Sin contar los muchos escritores de merecida reputación con que nos gloriamos, no pasa mes sin que en los periódicos o en el teatro se presenten otros nuevos, con trabajos por más de un concepto notables; a pesar de esto, raro es el que elige el género novelesco para darse a conocer; de aquí que al paso que contamos con un rico y variado teatro moderno, que puede competir con el de cualquiera otro país, no tenemos una colección de novelas originales, y es bien corto el número de las que merecen ser leídas.

Como había señalado en la advertencia que explicaba la interrupción de la publicación de la leyenda en el *Semanario*, cuando Fernández de los Ríos decidió publicar la novela, y «su autor empezó a insertarla pensaba no excediera de ocho capítulos, posteriormente ha visto que el cuadro necesitaba mayores dimensiones, y van publicados diez», sin que tuviera visos de terminarla pronto, así que los editores decidieron suspender otra novela, de la que solo habían publicado dos capítulos y publicar todos los restantes de *La casa de Pero-Hernández* de una vez.⁹

9. En la última entrega, como había advertido el editor (p. 408), se publican de forma continuada desde la conclusión del capítulo X al XXIV, a los que se añade una nota del autor, ofreciendo una segunda parte, si los lectores del *Semanario* y de la *Semana Pintoresca*, donde también se publicaba, «crean que merece la pena de promover una suscripción para

Así pues, a pesar de su proyecto de apoyar la literatura narrativa española, las dificultades para llevarlo a cabo no eran pocas. En esa misma advertencia indicaría «prometemos [...] no dar cabida en adelante en el SEMANARIO ninguna que exceda de cinco capítulos». Así quedaría también explicado por qué abundarán las novelas compendiadas o «en miniatura», y los cuentos, que por su mayor brevedad no dificultaban tanto el proceso de publicación en las páginas de un periódico.

Como explicaría años más tarde, su proyecto nacionalizador trataba pues de dotar a la cultura española de un prestigio que le permitiera estar a la altura, al menos de otras europeas, alejándola de toda adulación patrioter, de la que sólo se habían obtenido «tristes resultados» (*Guía de la Exposición Universal de 1879*, p. 280, citado en Alonso, 2002, 154).

A ello contribuyó en su labor como editor, pero también como autor y periodista, que fue muy amplia y diversa. Si nos limitamos tan solo a esta última, según la necrológica de Jacinto Octavio Picón, firmada en París a 26 de junio, sus colaboraciones periodísticas fueron muy numerosas:

Desde aquel año [1866] hasta el de 1879 ha colaborado en *El Museo Universal*, *La América*, la *Revista Hispano-Americana*, *El Imparcial*, *El Universal*, *La Independencia española*, *La Tertulia*, *La República Democrática*, *El Progreso*, *Los Anales de la Construcción y de la Industria*, *La Gaceta Rural*, *La Crónica Ilustrada*, *La República*, de Madrid; *La Crónica*, de New-York; *El Debate*, de Barcelona; *El Figaro*, *El Gaulois* y *La République*, de París, *La Independencia Belga*, de Bruselas; *El Kolnische Zeitung*, de Alemania; siendo además corresponsal en París de LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA, durante su última emigración, de 1875 hasta su muerte (Picón, 1880, 426).

A ellos hay que añadir los títulos ya citados previamente.

Los cuentos en los periódicos de Fernández de los Ríos. Una oportunidad para la narrativa española

En el periodo que verdaderamente lo representa como periodista (1846-1866),¹⁰ Fernández de los Ríos se sirvió de la narrativa breve tanto para instruir al pueblo como para entretenerlo. Lo hará primero a través de revistas como *El Siglo Pintoresco* (1845-1847) de Vicente Castelló¹¹ —pintor y grabador ele-

cubrir siquiera los gastos de tintero, papel, pluma, e imprenta». Cf., *Semanario Pintoresco Español*, 1847, p. 368 y pp. 469-70.

10. Amplio así la propuesta de Ossorio y Bernard (1903, p.134) que la limita a la etapa comprendida entre 1850 y 1860.

11. En 1846 fue a completar su formación en París y a su regreso en 1847 fue nombrado director de la Real Calcografía, al tiempo que continuó colaborando en la nueva etapa del *Semanario Pintoresco Español*, *La Ilustración*, como ya lo había hecho antes en *El*

gido por Mesonero Romanos para ilustrar el *Semanario Pintoresco* mediante la inserción de xilografías que facilitarían la lectura, y ayudaran a retener aquellas ideas con las que muchos de sus lectores estaban menos familiarizados (Riego 2001)—, dirigido en su parte literaria por Navarro Villoslada y un desconocido M. M. Bartolomé, hasta que en julio de 1846 la revista sea adquirida por Baltasar González, que encargará a Fernández de los Ríos la parte literaria (Amores 2018, 142-143); y, más tarde, a través del propio *Semanario Pintoresco Español*, en cuya dirección Fernández de los Ríos sucedería a Mesonero Romanos desde agosto de 1847 hasta 1855. En medio surgiría uno de los proyectos más ambiciosos del periodista madrileño, *La Ilustración* (1849-1857), seguido del diario *Las Novedades* (1850-57), en cuyo folletín junto a muchas novelas, también publicaría algunos cuentos de autores como Poe, o cuentos populares españoles. Como colaborador trabajaría en *La Iberia* (1860-63) y luego fundaría *La Soberanía Nacional* (1864-65), en cuyo folletín también acogería una «Biblioteca recreativa», además de dirigir desde el 18 de diciembre de 1864, las «Lecturas del hogar: semanario de las tertulias, casinos, círculos de lectores, ateneos y reuniones». ¹² Sería, no obstante, en su *Tesoro de cuentos* (1864), donde revelaría su afición al género.

Dadas las dimensiones de este trabajo, haré un somero repaso por los cuentos publicados en estas publicaciones, de las que algunas cuentan con un excelente referente en la base de datos *GICESXIX*, de la Universidad de Barcelona —donde pueden rastrearse las narraciones y autores que publicaron en revistas como *El Siglo Pintoresco*, o el *Semanario Pintoresco Español*—, así como en el libro publicado por Montserrat y M^a Jesús Amores sobre los cuentos publicados en esta última revista, o en los trabajos de Borja Rodríguez Gutiérrez (2004 y 2008a y 2008b) dedicados a ambas y a otras revistas del Romanticismo español.

Cuentos originales en *El Siglo Pintoresco*, en el *Semanario Pintoresco Español* y en *La Ilustración*

Si algo caracteriza a *El Siglo Pintoresco* es su apuesta por la literatura nacional, que estaría representada por «novelas y poesías originales modernas o inéditas de nuestros antiguos escritores, de los cuales tenemos una preciosa

Panorama, Museo de las Familias, Álbum pintoresco nacional, El Siglo pintoresco y la Semana Pintoresca, y La Risa. (Ossorio y Bernard 1868, pp. 133-134).

12. Según consta en la ficha hemerográfica que aporta la Biblioteca Nacional, esta colección «se distribuía gratuitamente a los suscriptores del diario progresista, que había empezado también a publicar dos días antes (por ello la confusión que da lugar la secuencia numérica de sus dos primeras entregas)». Cf., Hemeroteca digital.

e inestimable colección que iremos dando poco a poco a nuestros lectores»¹³. Tanto en su primera época como en la segunda, no insertan traducciones (Amores, 2018), aunque algunas, por la ubicación geográfica de los acontecimientos o los nombres de sus protagonistas pudieran tener una fuente extranjera. Es lo que ocurre por ejemplo con «Un cuento de pescador» (1845), de M. M. B.[artolomé], que se sitúa en la isla de Jersey y tiene como protagonistas a la joven Betsy, al marinero Butler y al joven Tom, en un relato donde se combina la temática amorosa con la de aventuras. En esta revista se había dado a conocer Ramón de Navarrete en 1845 con una novela corta, de temática amorosa «Misterios del corazón» (1845)¹⁴ y, en la época de Fernández de los Ríos, con un relato a un tiempo moral y sentimental «Un cuento de hadas» (1846). Se publicaron también varios cuentos de temática histórica, que no desdican del interés por este asunto que se encuentra en artículos dedicados a evocar el pasado histórico español¹⁵, así «La reina Egilona» (1846), firmado por la cifra A.; «El caballero sin nombre» de Francisco Navarro Villoslada, y el «El amor de una mujer» de Ángel Fernández de los Ríos, que combina la temática histórica con la amorosa o, mejor en este caso, con el desdén y la venganza; otros como «Crónicas de Galicia. La corona de fuego» de Benito Vicetto y Pérez, avanzan en el título su relación con el relato histórico. Publicadas en la sección dedicada a las «Novelas» se incluyen relatos de temática amorosa como «La tercera Dama Duende» (1847), de José Heriberto García de Quevedo, «Secretos de familia», novela compendiada, de Ángel Fernández de los Ríos, sobre la que volveré más adelante, «La perla de Nápoles» (1847) de Gregorio Romero Larrañaga, y otra novela corta, de Ramón de Navarrete, «Una mujer misteriosa» (1847) (Rodríguez Gutiérrez, 2002). El abandono de Castelló supuso una disminución del número de grabados que ilustraban la revista (Amores, 2018, 143) y tal vez eso influyó en la fidelidad de sus lectores.

Por lo que se refiere al *Semanario Pintoresco Español*, hasta diciembre de 1845 había visto la luz en la imprenta de Vicente Lalama, para pasar a imprimirse en el «Establecimiento de grabado e imprenta de D. Vicente Castelló» desde el mes de enero siguiente hasta el número del 26 de junio de 1846. Resulta este un cambio significativo dada la importancia que el grabado tendría en estas revistas y la calidad del grabador valenciano.

13. Cf., F. Navarro Villoslada, «Introducción», *El Siglo Pintoresco*, IV, 1845, p. 3.

14. Previamente había colaborado en el *Semanario Pintoresco*, y en *El Siglo Pintoresco* de 1845 publicaría también un artículo de crítica literaria y otro de costumbres. Cf. Pepi Jurado Zafra, «Ramón de Navarrete», en *GICESXIX* [fecha de consulta 9 de octubre de 2018].

15. Sería el caso de «Recuerdos históricos. Bernardo del Carpio», publicado en noviembre de 1846 (Amores, 2018, p. 152 y 167).

Durante la etapa en que Fernández de los Ríos dirigió el *Semanario Pintoresco* —desde agosto de 1847 a 1855— se publicaron numerosos relatos originales (Rodríguez Gutiérrez 2008), tales como la «Historia de un suicidio» (1847), de Rafael María Baralt y «Los dos amigos» (1849), «Sola» (1849), «Un *quid pro quo*» (1850), «El vendedor de tagarninas» (1850), «Con mal o con bien a los tuyos te ten. Relación» (1851), todos ellos de Fernán Caballero. Entre las modalidades cultivadas dio cabida también a los cuentos históricos,¹⁶ aunque en menor medida que en la época de Mesonero Romanos, dado que el gusto por esta temática va decayendo, frente al auge de los cuentos de historia contemporánea o reciente, caso de «La corneta de llaves» (1855), de Pedro Antonio de Alarcón. También resultaron atractivos para el público los de temática fantástica como los «Recuerdos de un médico» (1848), de Antonio Cánovas del Castillo, los de asunto amoroso, como los que puso de moda Agustín Bonnat con «Un nido de tórtolas. Historia de unos amores» (1854) y «Un nido vacío» (1855); pero también algunos trágicos, y algunos cuentos de suave sátira social, como las «Memorias de una fea. Novela en miniatura» y las «Memorias de una bella. Novela *sui generis*», de Teodoro Guerrero. Asimismo se incluyen algunas leyendas de carácter piadoso como «La cabellera de la reina. Leyenda» (1847) y «Nuestra Señora del Amparo. Leyenda» (1849), ambas de Gabino Tejado, y otros fantásticos como «La visita nocturna», de Félix Espínola (1848), entre otros muchos.¹⁷

La fundación poco después de revistas como *La Ilustración* con Fernández de los Ríos al frente, que inaugura el panorama de las nuevas revistas ilustradas con un propósito más atento a la información de actualidad universal (Riego, 2001), supuso, no obstante, una nueva oportunidad para los cultivadores del cuento literario español, pues lejos de cerrarse a ellos, Fernández de los Ríos propició la publicación de originales españoles como los de Fernán Caballero (*La hija del Sol*), Miguel de los Santos Álvarez, Antonio Ros de Olano, Antonio de Trueba y José Zorrilla, quizás algunos de los que más cultivan el género de forma asidua —a los que podrían sumarse Jacinto Salas y Quiroga y Eugenio de Ochoa (Ezama, 1996: 741-743)—, y junto con multitud de poesías, leyendas, artículos de costumbres, y toda suerte de producciones de autores que hoy permanecen en el olvido.

16. Cabe citar, a modo de ejemplo, «Doña Margarita de Austria o grandeza por violencia. Episodio histórico», de Antonio Marín y Gutiérrez o la novelita «La Virgen del Valle», de Romero y Larrañaga y «La sorpresa» (1847), de Estébanez Calderón.

17. Véase la base de datos GICESXIX. [Fecha de consulta 9 de octubre de 2017].

Los cuentos populares en español

Montserrat Amores (1998) ya ha explicado cómo en el *Semanario Pintoresco*, dirigido entonces por Ángel Fernández de los Ríos, vio la luz la primera publicación de cuentos folclóricos, debida a Juan de Ariza, que los publicó entre 1848 y 1850, fecha en que el director dio preferencia a las aportaciones de Fernán Caballero. El interés por los cuentos populares en España se había iniciado tardíamente, si tenemos en cuenta la fecha de su publicación, dado que los hermanos Grimm, por ejemplo habían publicado sus *Kinder-und Hausmarchen* en 1812. Si bien Cecilia Böhl de Faber ya se dedicaba a recoger cuentos de tradición oral hacia la década de 1820, tras su primera viudedad (Cantos Casenave, 1999, Amores 2001), no tenía entonces pretensiones de publicarlos y no lo hizo hasta que decidió enviar algunas muestras a Fernández de los Ríos, periodista pionero en su atención a este género.

A este respecto, el año de 1848 se inaugura con la inclusión de cuentos tradicionales recogidos por Juan de Ariza: «Dos flores y dos historias», «Perico sin miedo» y «El caballo de siete colores». En ese mismo año, bajo las cifras «J. A.», se publica «El barbo de Utebo (Cuento popular)». Al año siguiente, el mismo Ariza publicó otros dos cuentos populares: «La cruz de la esmeralda», y «La princesa del bien podrá ser», a los que seguirían otros dos de Fernán Caballero: «Peso de un poco de paja. Leyenda piadosa» y «La suegra del diablo. Cuento popular». En 1850 Francisco José Orellana publicaría «El clavel de la Virgen. Cuento de vieja», Juan Ariza daría a la imprenta «El caballito discreto» y en ese mismo año verían la luz dos cuentos más de Fernán Caballero: «Los caballeros del pez. Cuento popular del repertorio antiguo refundido» y «Juan Holgado y la muerte». El año de 1851 se publican «Doña Fortuna y don Dinero. Cuento popular», recogido por Fernán Caballero y «Amor a vista de pájaro», de Ariza. En este mismo año se publican dos historias legendarias: «El amor de la castellana. Leyenda», de Santiago Iglesias y «Don Miguel de Mañara. Cuento tradicional», de José Gutiérrez de la Vega.

No obstante, a pesar de su favorable acogida en el *Semanario Pintoresco*, al reunirlos en tomo para su publicación en la Imprenta y Litografía de la *Revista Mercantil Sevilla*, en el «Prefacio del autor» a sus *Cuentos y poesías populares andaluces*, la escritora se lamentaba de que «en todos los países cultos se han apreciado y conservado cuidadosamente no sólo los cantos, sino los cuentos, consejas, leyendas y tradiciones populares e infantiles, en todos, menos en el nuestro» (*Fernán Caballero*, 1859, XI).

Unos años más tarde, Juan Valera se expresaría de modo similar, al señalar en su estudio sobre la edición de los «Cuentos y Fábulas de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Tomos I y II» (1864), que

[...] el romanticismo, exacerbador del nacionalismo, había movido a coleccionar y a publicar en casi todos los países los cuentos vulgares, como los de Alemania por los hermanos Grimm, los polacos por Wiyssick, los de los montañeses de Escocia por Gran Stewart; los del sur de Irlanda por Crofton Croke, por Souvestre los bretones (Valera, 1864, I, 39-48).

Mientras, en España, las colecciones de cuentos seguían siendo excepcionales y la literatura extranjera seguía llenando las páginas de la prensa periódica.

El peso de las traducciones de cuentos en el *Semanario Pintoresco Español*

A pesar de su intencionalidad nacionalizadora, en el *Semanario Pintoresco* se publicaron traducciones como la de «El verdugo. Episodio de la guerra de la Independencia», de Honoré de Balzac, (1848), «El paraíso y la Peri» (1850), de Thomas Moore —en traducción de Fernán Caballero— y «El rey depuesto en estatua» (1850) y «Un matrimonio por fuerza» (1854), ambos sin firma.

Como señalan Montserrat y M^a. Jesús Amores (2016, 16), es frecuente que bajo el anonimato se encubra la autoría de obras que se habían publicado previamente en revistas extranjeras:

Así ocurre con «La resolución» que había visto la luz en *Chambers Edinburg Journal*, con «Cuento. Lo que encierra una gota de aceite» que había aparecido anteriormente en *L'Illustration, Journal Universel*, o con «El buque incendiado» editado en *The Philadelphia Visitor*. A veces ocultan nombres de primeras firmas extranjeras. Así, a modo de ejemplo: Giovanni Bocaccio, «El tiesto de albahaca. Caso verdadero»; Charles Nodier, «La hermana Beatriz. Leyenda», «La gruta del hombre muerto» y «Bautista Montauban. Cuento»; Washington Irving, «Cuento de la Alhambra. El comandante manco y el soldado» y «El califa y el astrólogo. Cuento granadino»; Nathaniel Hawthorne, «La mano roja»; u Honoré de Balzac, «El verdugo. Episodio de la guerra de la Independencia». En otros casos se trata de autores menores, como Pitre Chevalier, cuyo «Cuentos morales. Sin casa ni hogar» se había publicado, esta vez con el nombre del autor, en el *Musée des Familles: Lectures du Soire*.

Cuentos de Hoffman —el autor más publicado, aunque a veces con la firma del traductor o la rúbrica cifrada—, Irving, Nodier, Balzac o George Sand se publican también en revistas como *El Artista* (1835), el *No me olvides, Revista de Teatros* (1841), el *Omnibús literario* (1844) o *La Crónica* (1845) y, desde luego en el *Semanario Pintoresco español* (1848) (Ezama, 1996: 743).

Será esta una práctica, la del recurso a la traducción, que no abandonarán las nuevas revistas ilustradas.

Los autores extranjeros en *La Ilustración* y *Las Novedades*

Efectivamente, en el caso de *La Ilustración. Periódico universal* (1849-1857), con la que se inicia un nuevo concepto de periodismo ilustrado de estilo francés e inglés, incorporando el dibujo de actualidad (Riego 2001),¹⁸ es lógico que Fernández de los Ríos¹⁹ incluyera traducciones de todo tipo, aunque generalmente con la firma del autor. Así, en la sección de «Amena literatura» se publican traducciones de novelas y, en ocasiones, de cuentos de Nicolás Gogol, Alfonso Karr, Alejandro Dumas, Jules Sandeu, Charles Nodier, o Balzac.

En diciembre de 1850 apareció *Las Novedades*, que implica un cambio en la oferta periodística, al plantear la necesidad y oportunidad de una prensa de noticias (Bozal, 1979, 97). Tal vez por ese motivo consiguió convertirse en el «primer periódico de gran circulación en España», a lo que seguramente ayudó el incluir un folletín «con grabados» (Ossorio y Bernard, 1903, 134). En este espacio publicó traducciones de novelas como *Sin verse*, de Alfonso Karr (folletín del 1 de enero de 1853), *La cabaña del tío Tom* de Henriqueta Stowe, «Inés de las Sierras»²⁰ (1858) y *La novena de La Candelaria*, ambas de Carlos Nodier, *El grillo del hogar*, de Carlos Dickens, *Atar-Gul*, de Eugenio Sué (con 12 grabados), *Rico y pobre*, de Emilio Souvestre (en anuncio de 13 de diciembre de 1853, se indica que incluye 12 grabados), *Los dos bufones del tiempo de Francisco I*, de L. Jakob (con 12 grabados), *Mis prisiones. Memorias de Silvo Pellico* (con 13 grabados), *Rouget de Lisle*, por Federico de Sezane (con 12 grabados) y *Masaniello*, por Eugenio de Mirecourt, (anuncio de 30 de diciembre de 1854). Entre los cuentos publicados en el folletín de *Las Novedades*, cabe destacar: «El hada de las migajas, cuento fantástico de Carlos Nodier, traducido por E. M. Cuende» (1856), «La piel de Zapa, vertida nuevamente al castellano por don V. Barrantes» (1854), en realidad una novela corta, ilustrada con 39 láminas (1856) y las *Historias extraordinarias* [sic] (1860), de Edgard Allan Poe, que habían sido traducidas y publicadas también en la *Biblioteca Literaria*, o

18. Además de este tipo de imágenes, apostó por incluir otras relativas a la nueva sociabilidad, caricaturas, y láminas y grabados que iluminaban la lectura de novelas y cuentos. Se calcula que llegó a publicar unos 16.000 grabados y, efectivamente, por los índices que incluía al final de cada año, puede comprobarse la amplitud de la gama ofrecida, pues entre sus láminas incluía escenas de actualidad, mapas y planos, retratos, tipos y escenas populares, vistas, inventos, modas, fiestas y ceremonias públicas, espectáculos públicos, caricaturas y partituras musicales.

19. Según indica Mesonero Romanos (1880, 3-6), también contó con su colaboración aunque en esta ocasión sus artículos los dedicara a exponer sus proyectos sobre Madrid.

20. Posiblemente la ubicación española del relato explique el éxito de este cuento, que además no es un relato excesivamente fantástico, lo que sucede también en «El hada de las migajas», que se publicaría en 1856 (Giné, 2008:245).

colección de obras selectas, así instructivas, como recreativas, Madrid, 1857-1859 (Hidalgo I, 1862).

Por esos mismos años (1850-1854), Fernández de los Ríos dirigió la «Biblioteca Universal», donde publicó, «con grandes y numerosos grabados», entre otros muchos títulos *Los tres mosqueteros*, *Los misterios de París* y algunos de los más famosos cuentos populares, así como cuentos literarios contemporáneos.

Los cuentos populares europeos traducidos al español. De los hermanos Grimm a Andersen

Desde que en 1812 los hermanos Grimm publicaran su colección de cuentos, en otros países se iniciaron trabajos similares, y aunque en España se iban haciendo algunas tentativas en esta línea, Fernán Caballero, Valera y otros no dejaban de reconocer lo atrasada que estaba España en estas lides.

Y no solo es que se descuidara la recogida y divulgación de este tesoro popular, como lo definía Fernán Caballero, sino que los cuentos de Perrault, de Madame D'Aulnoy, de los hermanos Grimm, y los de Andersen, salvo excepciones, apenas tuvieron predicamento en España. Efectivamente, una ojeada a algunos de los estudios sobre este particular da cuenta de que tan solo algunos de ellos son traducidos de forma aislada y bastante tardía. En el siglo XIX, los *Contes nouveaux ou les fées à la mode* (1698) de Madame D'Aulnoy, fueron traducidos por primera vez como *Cuentos de Madama d'Aulnoy* (1851, Madrid: [s.n.], Imprenta del Semanario Pintoresco Español y de la Ilustración, a cargo de G. Alhambra), donde se incluía entre otros «L'Oiseau bleu», que bien pudo inspirar «El pájaro verde» (1860), de Juan Valera (Vicens Pujol, 2009: 371-386) y otra en 1852 en la «Biblioteca Universal» (Hidalgo, 1867:153). Los cuentos de Perrault tienen una traducción en 1852, en la «Biblioteca Universal» (Hidalgo, 1867:153) y de los hermanos Grimm se incluye «El oso y el reyezuelo» (escrito en alemán por Grimm), en unos *Cuentos escogidos de varios autores* (1862) publicada por la Imprenta de *La Correspondencia de España*, si bien parece que no es hasta 1896 cuando José Muñoz Escámez publica una traducción de los *Cuentos escogidos*, de Grimm.

Así no resulta extraño que, casi al final del siglo, Valera, conocedor sin duda de estas colecciones, siguiera señalando el mismo vacío bibliográfico que había denunciado tres décadas atrás, en un pasaje en que, por primera vez, se refiere a los cuentos de Andersen:

En lo tocante a cuentos vulgares ha habido, no obstante, descuido. En España nada tenemos, en nuestro siglo, que equivalga a las colecciones de los hermanos Grimm y de Musaeus, en Alemania; de Andersen, en Dinamarca; de

Perrault y de la Sra. D' Aulnoy, en Francia, y de muchos otros literatos en las misma u otras naciones (Valera, 1898, pp. 15-16).

En todo caso, antes de que se publicaran estas ediciones en tomo, *El Mundo Pintoresco* se había adelantado al traducir algunos de los cuentos de Andersen en 1860 y publicarlos, bajo el marbete «Las hadas y sus hechizos. Cuentos alemanes», por Hans Christian Andersen, donde se incluía «El abeto», «El príncipe disfrazado», «Los dos amantes», «La boda de oro», «El cerro de los duendes», «El traje invisible», «La flor solitaria», «La reina de la Nieve» y «El soldadito de plomo» (Ribera, 2009, GICESXIX).

Desconocía esto el autor danés cuando, llevado de su pasión por un país que desde su infancia le parecía exótico, llegó a España para descubrir algunos de sus encantos, si bien el viaje le depararía no pocas frustraciones. No es ocasión de referir los pormenores de aquel periplo, pero sí de recordar el desengaño que padeció al conocer que sus cuentos no eran leídos en España ni menos aún eran famosos como en otros países de Europa. Ni siquiera el encuentro final en Madrid con Hartzzenbusch, con el que pudo entenderse en alemán, le compensó de tal desilusión, pues tampoco él había leído sus cuentos (Cuenca, 2005, 115).

Pocos años después, Fernández de los Ríos que había editado los cuentos de Perrault y los de Madame Aulnoy, pero también cuentos literarios como los de Poe, se animaría a adentrarse en este género y aun a reelaborar algunos de los más famosos cuentos de Grimm o de Andersen.

Ángel Fernández de los Ríos, autor y traductor de cuentos

Aunque no pueda considerarse un cuento al uso, su «Misterios de Madrid», publicado en el *Almanaque Pintoresco Nacional para 1845* (Fernández de los Ríos, 1844, 51-73), no es tampoco una excepción en la práctica del género. Se trata de un relato, en el que, como el propio narrador confiesa, priman los elementos descriptivos de la capital, al estilo de los practicados por su referente periodístico, Mesonero Romanos, aunque sin la nostalgia acusada de éste, pues no duda en apreciar una posible ventaja en la adopción de algunas costumbres europeas:

reducese nuestro propósito a pintar como podamos un cuadro de costumbres, retratando el aspecto actual de Madrid; trabajo que creemos no carezca de interés, siquiera no sea más que por dejar consignados los usos indígenas que nos quedan y que no tardarán en desaparecer como han desaparecido otros muchos, para convertirse en ingleses o franceses, transformación debida a los frecuentes trastornos políticos, que han generalizado las emigraciones, y

causando la pérdida de nuestra originalidad, en lo cual tal vez hayamos logrado alguna ventaja; [...] (Fernández de los Ríos, 1844, 52).

Tampoco denuncia el narrador la influencia y servil imitación de las modas europeas, sino que justifica los cambios por el flujo migratorio derivado de los vaivenes políticos que él, andando el tiempo, habría de padecer. Para apartarse del modelo tradicional, el narrador se distancia irónicamente de algunos de los usos representativos más frecuentes en el retrato de costumbres y decide apostar por una observación ajena a cualquier concurso de un ente superior:

[...] pero basta de introducción y entremos en materia, declarando antes que para el objeto que nos proponemos, no pensamos encaramarnos como D. Cleofás en los aleros a riesgo de rompernos los tiestos, para ver únicamente sobre un fondo de oscuridad, las luces de mil ventanas semejantes a constelaciones terrestres [...]; ni tampoco asociarnos con Asmodeo, para que levante los techos de las casas, en cuyo caso lo que se ofreciera a nuestra vista pudieran ser cosas mejor para calladas que para escritas; adoptaremos simplemente el medio de referir lo que sin auxilios extraordinarios hayamos observado (Fernández de los Ríos, 1844, p. 52).

Como en el espectáculo del diorama, se suceden a continuación unas escenas nocturnas, seguidas de una visión de «Madrid de día». La tercera escena transcurre «Entre sol y sombra», lo que permite al autor contraponer los negocios que resuelven los madrileños al amparo de la noche, frente a los realizados a la luz del sol, para ocuparse en último término de aquellos que tienen lugar en la penumbra.

En 1846 publica dentro de la sección «Tipos y costumbres españolas», la fisiología «El granuja» (*El Siglo Pintoresco*, 1846, 221-227), en que como en el caso anterior, el retrato del pillo se mezcla con la narración de algunas de sus fechorías más características. Al año siguiente publica el cuento «El amor de una mujer» (*El Siglo Pintoresco*, 1847 abril, junio, agosto, y octubre pp. 88-90, 133-136, 186-188 y 231-235) sobre un supuesto amor cervantino y, en el mismo semanario, da a la luz la novela «Secretos de familia» (*El Siglo Pintoresco*, 1847, pp. 252-256, 272-276 y 303-309), que quedaría interrumpida a causa de la absorción de esta revista por el *Semanario Pintoresco Español* (Alonso, 2002, 146).

La novela no concluye, sino que, forzado por las circunstancias, el autor la cierra de forma abrupta:

He aquí querido lector el desenlace que primero se me ha ocurrido para los sucesos que había comenzado a contarte: dos ventajas tiene por lo menos: la de ser breve para ti y la de haberme ocupado poco tiempo; si la novela no te gustaba he hecho bien en complacer al editor que quería una conclusión en pocas líneas y escrita en breves horas, si había llegado a interesarte, acaso en

otra ocasión te enteraré de los maravillosos sucesos que tenía pensado referirte. Por ahora queden sumergidos en el fondo de mi tintero los *Secretos de Familia* (Fernández de los Ríos, 1848, p. 309).

Con esta novela, corta por su extensión y alcance, termina la labor narrativa de Fernández de los Ríos como autor original, pero poco más de dos lustros después, en unas circunstancias inesperadas se decidió a reunir un volumen, que denominó *Tesoro de cuentos*, entre los que el autor incluyó algunos relatos de su cosecha, aunque su carácter original no queda demasiado claro.

El *Tesoro de cuentos* (1864). Finalidad y contexto cultural

La muerte inesperada de su amigo Pedro Calvo le hizo refugiarse en la literatura y a finales de ese año en su retiro de Santander concluyó su *Tesoro de cuentos, escogidos, arreglados o escritos*, publicado en Madrid por la Librería de San Martín en 1864, en forma de entregas, que eran ya nueve en el mes de junio (*La Iberia*, 10-6-1864). El libro está dedicado a Teresa Calvo, la hija de su amigo, entonces de 13 años, firmada en San Vicente de Toranzo (Santander) a 20 de noviembre de 1863, apenas dos meses después de la muerte de Pedro Calvo, fallecido el 18 de septiembre, cuando contaba con la misma edad que Fernández de los Ríos, 42 años.

Además de la edición de 1864, el *Boletín bibliográfico español* de 1867 anuncia entre las publicaciones nuevas una segunda edición con el título de *Cuentos para todas las edades, escogidos, arreglados o escritos...*²¹. En 1875 verá la luz una nueva reimpresión de la segunda edición, ahora de nuevo con el título primitivo de *Tesoro de cuentos*, publicada por San Martín, que lleva la misma dedicatoria, pero firmada en San Vicente de Toranzo a 20 de noviembre de 1873, quizás por error.

La dedicatoria a la joven Teresa tiene interés no solo porque explica la situación afectiva del escritor, sino también porque consigna el propósito del libro. Tras evocar el instante en que Teresa llegó acompañada de sus amigas a pasar unos días a la morada veraniega del autor en Santander, donde se reuniría con Ángela, la hija de Fernández de los Ríos, el autor rememora los momentos en que la joven Teresa, anhelante de nuevas lecturas, irrumpía en la habitación donde el periodista trabajaba con Pedro Calvo:

21. *Cuentos para todas las edades, escogidos, arreglados o escritos* por Ángel Fernández de los Ríos. Magnífica edición ilustrada con láminas de nuestros primeros artistas. Segunda edición. Madrid 1867, imp. de J. Peña, San Martín, y Jubera los editores, librería de Gaspar y Roig, en 4º, 536 páginas. Cf., *Boletín bibliográfico español* número 14, de 15 de julio de 1867.

[...] el sitio donde escribíamos, a veces a párrafos alternados, en mi gabinete de estudio, al que acudías tú con tanta frecuencia para pedirme libros de cuentos, que las cuatro compañeras leíais a la sombra de las pasionarias y los jazmines, mientras la brisa deshojaba las flores, y los pájaros cantaban en la enramada revoloteando junto a vosotras en torno de sus nidos ahora destrozados (Fernández de los Ríos, 1864, VI-VII).

Y añade unas emotivas palabras en las que, además de abundar en las explicaciones anteriores, da cuenta de cómo la escritura le sirve de práctica terapéutica:

Volviendo a los cuentos, resultó que los que te podía dar no bastaron para satisfacer tu afición a la lectura y, entonces hube de acudir a los que me han sugerido ahora la idea de formar, con ellos y con otros, una colección que sirva de ofrenda a la hija del amigo, cuyo verdadero sepulcro creo algunas veces que está en mi corazón.

Yo no sé si estas flores que he recogido para ofrecértelas forman un ramillete; sé sólo que el pensamiento de reunir las sirve de entretenimiento a mi pena, y que esta página que va delante, lleva una lágrima tan amarga como la que vertimos abrazados todos los que quedáis en el triste hogar de mi amigo y yo, la tarde que os dije ¡adios! (Fernández de los Ríos, 1864, VII).

A continuación insiste en la doble finalidad del libro, por una parte, el *Tesoro* debe ser el acompañante amistoso, guía y refugio de la niñez de Teresa, por otra, un recuerdo de su autor:

Sea, pues, este libro, mi querida Teresa, el amigo de tu infancia, y esta página la expresión de lo que siente el que ha perdido a aquel con quien estaba asociado para partir mutuamente por mitad todas las satisfacciones y todos los pesares.

Sea también esta carta una esperanza de que, leída en otra edad, cuando yo haya terminado el surco que el destino me reserve por tarea, y haya hundido mi cabeza en la almohada para la primera hora del sueño eterno en la región donde tu padre descansa, la hija de mi hermano de adopción, reflejo suyo, aunque niña, en la inteligencia y el carácter, deje caer una siempreviva sobre el sitio de mi reposo (Fernández de los Ríos, 1864, VII-VIII).

El volumen aún, pues, la intencionalidad pedagógica —enfocada en una infancia que se extiende a los trece años de Teresa Calvo— y el homenaje al amigo.

Implicado como estaba con la empresa de nacionalizar la literatura española, de brindar oportunidades a los narradores originales, su compromiso no fue óbice para que entre los 30 cuentos escogidos, de los que a él le parecieron más a propósito para la lectura de la jovencita hija de su difunto «hermano», Fernández de los Ríos seleccionara más de veinte autores extranjeros. El autor preferido entre estos es, sin duda, Hans Christian Andersen, del que según parece, tan solo *El Mundo Pintoresco* había dado a conocer ocho cuentos (Ribera, 2009).

Tal vez influyera en su decisión el reciente viaje de Andersen a Madrid, donde tan solo pudo entrevistarse con el Duque de Rivas, Hartzenbusch y también con un grupo de periodistas que asistió a una velada en su honor. Si participó en ella Fernández de los Ríos, es algo que aún está por comprobar. De todas formas, de las palabras de la dedicatoria de Teresa, parece deducirse que la niña era aficionada a la lectura y que pronto los cuentos de que el escritor disponía en su casa fueron insuficientes. En este caso, no sería extraño que se acordara de los cuentos de Andersen, que pudo conocer en su edición francesa, cuentos que, en la versión del escritor y periodista madrileño, encierran una enseñanza moral, aunque no siempre la moraleja sea explícita.

Otro de los autores presentes en este volumen es Alejandro Dumas, al que Fernández de los Ríos cita expresamente como creador del «Viaje a la luna», al tiempo que señala su escasa intervención en este relato: «La siguiente pesadilla pertenece a Alejandro Dumas, cuya veracidad es proverbial; nosotros nos limitamos a traducirla, sin permitirnos apenas alterar su relación». De los hermanos Grimm, Fernández de los Ríos publica «El fiel Juan», sin mencionar su autoría, así como tampoco la de «Los cuatro compañeros», que es una versión de «Los músicos de Bremen» ni la de «Andrés el Filósofo», versión de «Juan con suerte». Por otra parte, Miss Edgeworth, una escritora hoy bastante desconocida, es la autora de seis volúmenes de cuentos, entre los que «Lorenzo el perezoso», el relato seleccionado para el *Tesoro de cuentos*, es una muestra representativa del valor de su producción (Carderera, 1855, 152-157).

De origen histórico o legendario es el cuento «Los catorce días de felicidad de Abderahman», de autor desconocido, cuya anécdota principal aparece mencionada en el periódico *El Fénix*, de 3 de enero de 1847, en un «Ensayo histórico biográfico», titulado «Calib Omar Ben Hafsun» (nº 66 y 95, pp. 185-187 y 428-431), firmado por José Nicolás de Salas que cita la *Histoire d'Afrique et d'Espagne*, de Cardonne; también se incluye en la *Historia de España: desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II*, de Alcalá Galiano (1844, p. 31)²² que cita la de Conde, de quien parece que Fernández de los Ríos lo toma. «La reina hilandera» es un cuento tradicional sobre la historia de Berta, una joven perseguida que resulta ser la hija del conde Caribet, y futura madre de Carlomagno. El cuento puede estar basado en un relato desarrollado a partir de leyendas del ciclo carolingio como la de *Berte au grand pied*, que trata sobre Pepino y Berta, los padres de Carlomagno (Prat Ferrer, 2013, 131-132).

22. El capítulo V está dedicado al «Reinado de Abderraman III», pero Alcalá Galiano, como traductor anota varios errores o incongruencias del historiador inglés, así como algunas de Conde y de la *Historia de los árabes* de Murphy (Alcalá Galiano, 1844: p. 21, 26, 31).

«El ángel de la casa», de autor desconocido, tiene como protagonista a la pintora Marietta, hija del Tintoretto. En *El Álbum de señoritas y correo de la Moda*, se publica un relato con el nombre de «Marietta Tintorella [sic]», y el periódico *La Civilización semanal* (1857) publica una noticia sobre esta pintora, ya conocida en el siglo XVII.

Otro cuento legendario, de gusto oriental, del que no he logrado localizar la fuente de procedencia es «Las doce perlas del collar. Leyenda de las escuelas chinas», que narra la historia de un sencillo maestro, el bachiller Yang, cuya escuela goza «de gran reputación entre las familias pobres del barrio». Allí recibe la visita de un supuesto mendigo budista que no es otro que el hermano del emperador, que finalmente revela su identidad y su condición de «examinador» de las escuelas públicas. A tal fin, el inspector examina a los jóvenes discípulos para comprobar el avance de su aprendizaje y termina por hacer explicar al protagonista cada una de las doce perlas del collar a que se refiere el título del cuento, esto es, doce leyendas o «enigmas históricos» en los que se encierran ejemplos de «virtudes filiales». Tras verificar la prueba, el hermano del emperador alaba «la paciencia, las virtudes modestas y la piedad» de Yang y declara que por su conducta el maestro debe ser tenido por la «décima tercia perla del collar o perla imperial», pues el apodo por el que es conocido entre sus convecinos, «Perfecta Luz», «no se debe a su ciencia, cuyo esplendor ha ocultado siempre su modestia», sino a que «ha guiado durante veinte años a su madre ciega, porque gracias a su infatigable e ingeniosa piedad, llegó a olvidar la venerable anciana que había perdido la claridad del día».

Finalmente hay unos pocos cuentos que coinciden en seguir una incipiente tendencia narrativa que podría denominarse «cuentos reales», en cuanto que evocan el presente del lector, sin llegar a adoptar el tinte nostálgico propio de los textos costumbristas (Oleza, 2008, 13), en consonancia con el romanticismo objetivo practicado en algunas novelas de Jacinto Salas y Fernán Caballero. De alguna manera, estos relatos se adelantan a los cuentos realistas y naturalistas, inspirados en diferentes textos periodísticos, sucesos, noticias, relatos de viaje, biográficos (Eberenz, 1989), pero también marcados por la cultura visual del momento que, con sus panoramas, dioramas y reproducciones al daguerro-tipo²³, invitaban a interesarse por la representación de una realidad en la que

23. En *Tesoro de cuentos*, Fernández de los Ríos pone de manifiesto una mirada literaria influida por el desarrollo de estos dispositivos ópticos. Buen ejemplo de ello es el fragmento de la dedicatoria a Teresa Calvo, en que se describe la emoción de la joven ante una naturaleza contemplada como si formara parte de un espectáculo visual, del tenor de los que se mostraban en los dioramas y cosmoramas:

la «ilusión» de autenticidad es fuente de placer estético (Cantos Casenave, 2016, 177-202 y 2017, 127-156).

Es el caso de «Joel Kress», que trata sobre las desventuras de un joven emigrado a Australia, a través de los fragmentos de un diario de su hermana Magdalena, así como la dicha de su vuelta al recibir una carta de la joven y la satisfacción de ambos al ver convertido al padre, un sencillo artesano, en un gran pintor.

En «La senda de la fortuna» se narra el modo en que un muchacho llegó a convertirse en el marinero Santiago Cook, una vez que decidió embarcarse después de haber sido acusado falsamente por robar un chelín en una tienda. El cuento se inspira en la vida del famoso marino inglés y a esa clave biográfica²⁴ alude el narrador al final del relato: «Si no hubiese acontecido el incidente del chelín, Santiago hubiera sido siempre un pobre hortera; mientras que así fue uno de los más célebres marinos de Inglaterra, admirado y bendecido de todos por su valor y patriotismo» (Fernández de los Ríos, 1864, 135).

Lo mismo sucede con «El rey de los tiradores y el pajarero. Recuerdos de una excursión en el Harz», que rememora una anécdota que pudiera haber aparecido en algún relato de viaje por aquella región, por donde pasaron Humboldt o Heine que incluyó «El viaje por el Harz» (1824), en sus *Cuadros de viaje* (1826-1831). Allí, a modo de autobiografía epistolar, reflexiona sobre el paisaje y su experiencia viajera, al tiempo que evoca leyendas góticas y fábulas y cuentos tradicionales.

Este interés de Fernández de los Ríos por los «cuentos reales» se atestigua por el comentario que acompaña a «Lo antiguo y lo moderno», publicado más tarde en el semanario *Soberanía Nacional. Lecturas del hogar* n.º 32, de 23 de julio de 1865, donde el narrador advierte: «El lector habrá observado, por los cuentos reunidos hasta aquí, que no somos demasiado aficionados a habérmolas con cosas sobrenaturales, y no llevará a mal que nos veamos ahora en la necesidad de acudir a lo maravilloso» (Fernández de los Ríos, 1864, 391).

Recuerdo tu sorpresa al contemplar por vez primera los pintorescos panoramas de un país quebrado y frondoso; tus impresiones cuando, al dorarse las nubecillas de la mañana con la primera luz de la aurora, empezaste a respirar los perfumes que exhalaban las praderas, esmaltadas de flores; tu entusiasmo cuando, iluminado el paisaje por los alegres rayos del sol de estío, viste los altos picos de las montañas velados por nieblas blancas y transparentes [...] (Fernández de los Ríos, 1864, V).

24. No he logrado encontrar la fuente, pero ya he hablado de los conocimientos enciclopédicos de Fernández de los Ríos y, además de varias obras en otros idiomas, a finales del siglo XVIII se tradujo una biografía, la *Historia de la vida y viajes del capitán Jaime Cook* de Andrés Kippis (1795) (Torres Santo Domingo, 2003), que Fernández de los Ríos pudo manejar.

Curiosamente, a partir de 1864, «por primera vez en el siglo, se registra un notable volumen de producción editorial de libros de cuentos» (Ezama, 1998, 700), que hasta entonces en España mayoritariamente solían ver la luz en las páginas de una revista o en el folletín de un periódico (Ezama, 1996, 741-743), pero bien por rentabilizar la publicación del volumen o bien por ampliar el eco de su compromiso político y social, algunos de los relatos del *Tesoro de cuentos* verían la luz luego en el citado semanario.

Los cuentos de Andersen arreglados por Fernández de los Ríos

Hasta ahora, García Padrino había señalado que el *Tesoro de cuentos* reunía por primera vez diez adaptaciones de los cuentos de Andersen (García Padrino, 2005): entre las que señalaba, «Juanín y Juanón»²⁵, «Fuego y hielo», «El soldadito de plomo y la bailarina de papel», «Una madre», «El traje más magnífico del mundo», «Historia de Baldomero Daac y de sus hijas, contada por el viento», «El pino», «El ruiseñor», «Aventuras de una botella» y «La sombra».

Respecto de «Fuego y hielo», García Padrino analiza los cambios introducidos por Fernández de los Ríos —título, ambiente y episodios narrativos— en esta versión de «La pequeña cerillera», que pasa de las tres páginas originales a diecisiete (2005, 140-141). Poco después, fue publicado en el semanario *La Soberanía Nacional. Lecturas del Hogar* n.º 3, firmado por su autor A. Fernández de los Ríos y con la misma ilustración de Ortego. A este acompaña una nota en que señala: «Pertenece a la colección que con título de *Tesoro de Cuentos*, acaban de publicar los editores San Martín y Juvera» (*Lecturas del Hogar* de 1 de enero de 1865, 21-22).

Entre los cuentos que Fernández de los Ríos toma de Andersen los hay, pues, de carácter maravilloso como «El traje más magnífico del mundo» y «El ruiseñor», y otros «cuentos reales», como los mencionados de «Fuego y hielo» y «Juanín y Juanón», este último también con ilustración de Ortego. Además, el volumen incluye otros cuentos donde lo maravilloso se decanta hacia lo fantástico. Es el caso del famoso relato «La Sombra» que, con el tema del doble, puede leerse como el triunfo del lado malvado del ser humano. Este vence al sabio protagonista que, lejos de alcanzar la belleza, la bondad y la poesía, perece por la ambición y el afán de poder de su *alter ego*. En esa ocasión, los cambios que introduce Fernández de los Ríos son menores.

En el ámbito de lo fantástico se incluye también «Lo antiguo y lo moderno», una versión de «Los chanclos de la felicidad» —ignorada por la crítica—,

25. En este mismo libro Carmen Posadas (2005: 117-123) destacaba la enseñanza moral de «Claus grande y Claus chico».

por tanto el undécimo de Andersen, donde, al contrario de los que suele ser habitual en Fernández de los Ríos, elimina algunos de los episodios originales.

El relato, dividido en tres capítulos señalados con número romanos — frente a los seis de Andersen—, comienza con una descripción de un espacio real, completamente reconocible por el lector. Se trata de una vieja casa, perteneciente a la baronesa de Casa-Adán que, medio derruida ya en el Madrid de Godoy y de M.^a Luisa, se mantiene en pie a pesar de su estado y su fealdad:

[...] ¿no son cosas maravillosas la casa antigua, el escudo de armas, el remiendo colorado o verde en la levita y la narración entera que venimos haciendo? Y sin embaído, ¿no es positiva la maravilla de que esas cosas sobrenaturales se sostengan todavía? Pues al lado de ese gran absurdo en su origen, y de esta gran inverosimilitud en nuestros días, lo que vamos a contar no es sino la cosa más sencilla del mundo (Fernández de los Ríos, 1864, 391).

Lo que en el cuento de Andersen era una mención en poco más de una línea a una casa situada en el centro de Copenhague, en el de Fernández de los Ríos abarca casi las dos primeras páginas, gracias a toda una serie de reflexiones irónicas acerca del «detestable gusto de las construcciones urbanas de su época». El tono del relato del autor de la luego afamada *Guía de Madrid: manual del madrileño y del forastero* (1876) respira una ironía bastante socarrona, que recuerda en ciertos momentos y, salvando las distancias, a Larra. Esto sucede, particularmente, cuando describe a la «docena y media de personas de ambos sexos» que se reúnen en salón y la tertulia paralela que mantienen los criados en otra pieza de la vivienda.

La intervención maravillosa viene en el cuento de Andersen de la mano de dos hadas, una la camarera de la Felicidad y la otra la Pena, que en la versión de Fernández de los Ríos se transforman en una joven, ayudante de la Felicidad, y un hombre de edad indefinida, que representa el Trabajo.

En el segundo capítulo, uno de los asistentes a la reunión, un covachuelista «aficionado a lo antiguo», al calzarse los chanclos de la Felicidad, se ve trasladado al pasado en un tipo de desplazamiento propio de la literatura fantástica (Risco, 1982 y 1987; Trancón Lagunas, 2000), al tiempo que un señorito pobre se calza los del Trabajo.

El relato se construye a modo de fábula, pues uno y otro viven una experiencia que les cambiará la vida. Los chanclos de la felicidad otorgan al covachuelista el deseo de realizar un viaje, pero lo trasladan en el tiempo a los años en que Madrid era una villa inmunda, sin alcantarillas, sin buenos servicios de comida u hospedaje —en una posada lo toman por extranjero—, sin periódicos y con una Inquisición poderosa que anima al pueblo a presenciar un Auto de fe a cambio de una indulgencia. El malhadado viaje concluye cuando, tras ser

perseguido y apaleado por el propietario y los comensales de un bodegón, cae al suelo y pierde sus zapatos, liberándose así de la causa de su pesadilla. Por su parte, el joven que se calzó los chanclos del Trabajo consiguió prosperar.

El desenlace es francamente irónico y en él el narrador recurre a las estrategias de realidad para reforzar la verosimilitud y disipar la duda del lector ante lo narrado: «La casualidad hizo que uno de los últimos números del *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, contuviera el epílogo completo de la historia que acabamos de referir». El narrador asegura que en un anuncio se podía leer el aviso de subasta del derribo de la casa, en otro un anuncio de la fábrica de chocolate, propiedad del joven señorito y un tercer aviso anunciaba la muerte del covachuelista «víctima de una congestión cerebral, producida por las emociones de la noche que le hicieron pasar los chanclos de la felicidad» (Fernández de los Ríos, 1864, 400-401).

En el cuento de Andersen, la muerte también aparece al final del relato, pero con diferente intencionalidad. Es el modo en que los chanclos de la felicidad cumplen el deseo de un estudiante de teología que quería que su alma viajara mientras su cuerpo se quedaba descansando. No obstante, no es este el desenlace de la historia: en el cuento del danés, la Pena decide hacerle un favor y quitarle los chanclos para que pueda resucitar y prepararse para cuando verdaderamente le llegue su hora final.

Un examen más profundo del *Tesoro de cuentos* revela que la influencia de Andersen es mayor, pues, si no directamente traducido o arreglado de Andersen, creo que hay varios cuentos que parecen inspirados en los del autor danés. Así por ejemplo sucede con «El ángel bueno» que, aunque tiene a una protagonista femenina, recuerda por su comportamiento al protagonista de «El príncipe malvado», al que me referiré más adelante.

El propósito pedagógico y cívico de los cuentos atesorados por Ángel Fernández de los Ríos: Reyes, príncipes, gobernantes y ciudadanos

En esa labor de adaptación, Fernández de los Ríos no sólo se preocupó por trasponer la literatura extranjera al contexto nacional conocido por sus lectores sino que, para lograr el éxito de nacionalización de la cultura europea, trató de fomentar una industria española capaz de llevar a cabo esa tarea.

Aunque de vocación cosmopolita, los continuos giros de la política, la misión en Portugal, las emigraciones forzosas, lo llevaron a sentirse un «judío errante» (Alonso, 2002, 143), en busca de una patria ideal que siempre soñó que fuera España. Así que, para tratar de exponer su ideal de gobierno, de representar sus modelos de virtudes cívicas, no encontró mejor manera que darles vida a través de la literatura y, en particular, a través de los personajes de

su *Tesoro de cuentos*. En este volumen desarrollaba el procedimiento empleado en algunas de las anécdotas recogidas en *El Agricultor español*, donde el buen rey se preocupa más por el bienestar de sus campesinos que por la felicidad de los cortesanos.

Entre los relatos del *Tesoro de cuentos*, hay cuatro que se centran en las cualidades del rey o de sus herederos: «Los catorce días de felicidad de Abderahman» «El fiel Juan», «El ángel bueno» y «La reina hilandera».

«Los catorce días de felicidad de Abderahman» tiene como protagonista al califa cordobés Abderramán y a su hijo Hescham. En la introducción del relato se explica cómo el que habría de ser Abderramán I sobrevivió a sus perseguidores refugiado entre una tribu de incultos pastores «en las comarcas escabrosas del Atlas» y de qué manera «guiando a los rebaños fue como el joven Abderramán aprendió a gobernar a los hombres y a reinar más tarde sobre las hermosas provincias de España, de que fue capital Córdoba». Sintiendo próximo a morir aconsejó a su hijo con las siguientes palabras:

Ten presente que los reinos pertenecen a Dios, que se los concede y se los arrebató al que le place; se compasivo y clemente hacia los que dependen de ti, porque todos son hijos de Dios; trata a tus soldados con benevolencia y firmeza; que sean defensores y no devastadores del Estado. Alienta y protege a los labradores, ellos son los que sustentan. Haz que tus pueblos vivan felices y tranquilos bajo tu protección pues si su tranquilidad es la salvaguardia del soberano, su felicidad es la que constituye la verdadera gloria del que reina (Fernández de los Ríos, 1864, 99-100).

Podemos resumir el ideal del buen rey, del buen gobernante, en un equilibrio de virtudes conducente a alentar la igualdad y la tranquilidad del pueblo. Se reconoce a cada individuo por su aportación al conjunto, con especial atención al ejército y a los campesinos, al tiempo que se cifra la gloria del soberano en la paz y felicidad del pueblo.

A partir de ese ideal, el cuento se centra en la historia de Abderramán III «el Magnánimo» —autor de «grandes empresas hábilmente dirigidas y llevadas a cabo como el mayor éxito»— y su hijo Alhakem II. A la muerte de Abderramán III se descubre en su testamento un enigmático mensaje:

Cincuenta años han transcurrido de este que soy califa. Riquezas, honores, placeres, todo lo he disfrutado, todo lo he agotado. Los reyes, mis rivales, me admiran, me temen y me envidian. Todo lo que los hombres desean el cielo me lo ha prodigado. En esta larga duración de aparente felicidad he contado el número de días en que verdaderamente he sido feliz; ese número asciende a catorce. Mortales, apreciad la grandeza, el mundo y la vida (Fernández de los Ríos, 1864,100).

Alhakem decide reunir las hazañas y los pensamientos de su padre y entrega a los filósofos la documentación recabada para que ellos extraigan los catorce días de felicidad de su reinado. Diez años después, el misterio sigue sin solución, pero en uno de sus paseos de incógnito escucha unos versos al barquero Mansud, con el que pasea por el Guadalquivir acompañado de su secretario. El cantor le hace saber que conoce un romancero compuesto por su padre Adjaid, y que podría haber descubierto el secreto de los días felices de Abderramán. Intrigado por esta confesión, Alhakem le promete oro suficiente para comprar un palacio si queda satisfecho al conocer los versos que Adjaid había compuesto.

Mansud le revela que estas catorce estrofas fueron compuestas sobre cada uno de los catorce días de felicidad que Abderramán le había contado a su padre. Mansud empieza con una estrofa introductoria en la que Abderramán explica que ha acudido a la cabaña del indigente como un amigo que busca a su amigo para revelar el secreto de una felicidad que los sabios no sabrían comprender. Así en estos versos se resumen las cualidades de un buen rey: ayudar a los desfavorecidos, proteger al pueblo especialmente a los más humildes, no buscar la adulación, tutelar a las madres, a los huérfanos y a los ancianos, ser clementes con los enemigos, reconocer el valor, premiar la honestidad y la franqueza y, en definitiva, «cifrar la felicidad en el bien del pueblo».²⁶

26. Por ser de bastante interés, resumo el contenido de los versos, porque explican en buena medida el interés de Fernández de los Ríos por esta filosofía cívico moral:

Adjaid comienza por recitar primero «La estrofa de la Madre», donde se descubre cómo Abderramán devolvió a un niño perdido a la madre de uno de los sublevados en Zamora, que eran perseguidos por su ejército. Ante esta noticia, Alhakem escribe: «Ofrecer el indulto los sublevados de la sierra de Almansa y fundar un asilo para niños abandonados». Así sucesivamente el barquero recita otras trece estrofas: «La estrofa del perro», «la estrofa del pastor», «la estrofa del albergue», «la estrofa del león», «la estrofa del poeta desconocido», «la estrofa de los sacos de tierra», «la estrofa del esclavo», «la estrofa del niño», «la estrofa del ave», «la estrofa de la anciana», «la estrofa del vencido», «la estrofa del médico» y «la estrofa del adiós postrero», al par que adopta otras tantas resoluciones: «Erigir la fuente del perro a favor de los pobres sedientos», «instituir la fiesta de los pastores concede premios a los mejores guardianes de rebaños y presidir la fiesta bajo los sencillos al par que preciosos vestidos de nuestro abuelo», «hacer levantar tiendas a la orilla de los caminos para que sirvan de abrigo a los viajeros sorprendidos por la tempestad», «perdonar a Hammet, el hijo de los enemigos de mi raza», «erigir una mezquita al genio desconocido, todos los días se rogará en ella por mi padre», «renunciar al proyecto de ensanche de mi palacio de Zahra, restablecer en sus antiguas moradas a los habitantes de las lindes de la selva, expulsados por mis administradores», «consagrar todos los años la cantidad necesaria para el rescate de los esclavos ancianos», «de hoy más no arrodillará mi pueblo sino en las mezquitas», «de hoy más en todas las ciudades de nuestro califato existirá un asilo llamado el *Nido de la Providencia* en que las madres indigentes podrán venir a dar a luz sus hijos», «instituir apoyos para la vejez. Se

Otros cuentos incluyen una moraleja, como el de «Juanín y Juanón» sobre el vicio de la envidia, implícita en el original de Andersen (Posadas, 2005) que Fernández de los Ríos explicita y amplía —el cuento duplica la extensión original—, al señalar los males que apareja.

En «El fiel Juan» un rey moribundo hace prometer a su más querido y fiel servidor que velará por su joven hijo, lo instruirá para que adopte sabias decisiones y lo protegerá como un padre. El protagonista cumplirá su palabra incluso con el sacrificio de su vida y logrará salvar al nuevo rey de una conspiración en la que sus hijos se habían propuesto acabar con la vida de su padre para arrebatarse el trono.

«El ángel bueno» advierte contra los aduladores cortesanos que rodean a una emperatriz tal vez no muy distinta de la imagen que muchos tenían de Isabel II:

Su único pensamiento era gozar de la alta posición que debía a los esfuerzos de su pueblo, a quien recompensaba con las mayores iniquidades, ejercidas unas por su propia orden, debidas otras a los consejeros a los que abandonaba todo, con tal que la dejaran entregarse a sus placeres (Fernández de los Ríos, 1864, 441-442).

El pueblo la maldice, la corte la adula y ella mientras se divierte con un príncipe extranjero que la corteja durante un baile —algo parecido ocurre en «El príncipe malvado», de Andersen—, en el que inesperadamente la princesa palidece y se desmaya. Lo ocurrido es que el príncipe se ha transformado en una figura sobrehumana al que, al relatar lo ocurrido ella denominada «su ángel bueno». Tras recobrar el sentido, «hizo tales reformas en su conducta y en su pueblo que no dejó duda de que se había operado en ella un cambio completo». El narrador después de preguntarse si la transformación se había obrado por intervención del ángel bueno concluye: «Fue la voz de la conciencia, que apagada por el rumor de los cortesanos, sólo en ocasiones tan maravillosas como este cuento, logra llegar al oído de los que habitan en palacios». En todo caso, para comprender el posible mensaje del cuento, no está de más recordar aquí la entrevista que Fernández de los Ríos mantuvo con Isabel II, en Aranjuez, durante el bienio progresista, cuando, alejado ya del creciente

trata de escoger a jóvenes de «entre los huérfanos de mi hospicio», que «velarán noche y día para día dos ancianos», «los valientes vencidos serán en lo sucesivo puestos en libertad sin rescate».

Las dos últimas estrofas no van seguidas de anotaciones, pero en la del médico resuelve recompensar a este «súbdito desobediente» que se niega a utilizar sus conocimientos para asesinar porque en él había reconocido «un verdadero amigo», mientras en la del adiós postrero Abderramán confiesa: «no consiste una existencia completa en pasar largos días sobre la tierra: bastante se ha vivido cuando se muere llorado».

conservadurismo de O' Donnell, a quien había atacado desde sus artículos periodísticos, el periodista y político se reunió con la reina para tratar de que ratificara la ley de desamortización, sin conseguir su propósito.²⁷

«La reina hilandera» nos presenta al contra-modelo de la anterior, al contar la historia de Berta, futura mujer de Carlomagno, a quien el conde de París había traicionado, para tratar de que una hija suya se casara con el joven rey de Francia.²⁸

Además, en otros cuatro se menciona algún aspecto sobre el poder del rey, o de los que le rodean. Se trata de «El rey de los tiradores y el pajarero. Recuerdos de una excursión en el Harz» y de tres de las adaptaciones de Andersen: «La historia del hombre», «El traje más magnífico del mundo» y «El ruiseñor».²⁹

Conclusiones

A pesar de su vocación cosmopolita, Fernández de los Ríos no dejó de sentirse un «judío errante», tal vez por efecto de un patriotismo crítico que no era compartido por lectores que a la altura de 1880, bien instalados en el régimen de la Restauración, renegaban de quien solo parecía ver y denunciar «los males de su patria», aunque fuera para lanzarla al camino del progreso y proponer como ejemplo a «la moderna civilización francesa». El *Tesoro de cuentos* es una parte significativa del legado que Fernández de los Ríos dejó a Teresa Calvo y a sus conciudadanos, confiado en que esta colección de cuentos encerraba sabios consejos para la convivencia ciudadana y el ejercicio de un buen gobierno, que debía ayudar a España a salir de las marejadas políticas que la amenazaban.

La novedosa presencia en ella de once cuentos de Andersen muestra el interés por estos relatos, que encerraban a un tiempo una lectura pedagógica y

27. La negativa de la reina y el desencanto con O'Donnell le hicieron pasarse a las filas del progresismo puro (Bonet Correa, 1975; Alonso, 2002).

28. Cabe señalar que tanto este cuento como el anterior incluye sendas láminas en la que aparece una imagen que ilustra «Al ángel bueno», mientras la segunda, que lleva por título «Su asombro fue completo», se representa el momento en que la joven Berta, totalmente desaharrada es descubierta por un molinero que la ampara de sus perseguidores. La mayor parte de las láminas reproducen escenas llenas de intriga o de intervenciones maravillosas, para resultar más atractivas al lector.

29. En «El rey de los tiradores y el pajarero. Recuerdos de una excursión en el Harz», asegura el narrador: la dignidad de este rey no se parece la de los demás; no es debida al nacimiento sino al mérito. Y ordinariamente el feliz mortal que está revestido de ella no ocupa mucho tiempo el trono.

«La historia del hombre» cuenta la experiencia de un príncipe de un pueblo bárbaro que, después de leer la historia de la Humanidad hace un propósito de enmienda con el fin de traer la civilización. Por último en «El ruiseñor» se asegura que los reyes tienen el mismo color de la sangre que los humanos.

una visión progresista de la historia, al considerar que cualquier tiempo pasado fue peor, en la que coincidía con el escritor danés.

Precisamente porque no estaba destinado exclusivamente a niños como Teresa, el *Tesoro de cuentos* tuvo varias ediciones y en la segunda de ellas, con el fin de alcanzar a un público más amplio, el editor cambió su título por el de *Cuentos para todas las edades*,... (1867). Esta edición se promocionaba, al igual que la de 1864, como una «magnífica edición ilustrada con láminas de nuestros primeros artistas», de modo que sus enseñanzas cívicas se ofrecían envueltas en una literatura amena, adornada de primorosas ilustraciones, con las que contribuía a incentivar la industria gráfica que siempre había apoyado en sus empresas periodísticas. Desde ellas también apostó por el desarrollo de una literatura nacional, en la que el cuento tuvo un papel tan significativo que le llevó a convertirse en un cultivador del género..

Obras citadas

Fuentes Primarias:

Almanaque Pintoresco Nacional para 1845 (1844), Madrid, Boix editor.

Itinerario descriptivo, pintoresco y monumental de Madrid a París (1845), Madrid, imprenta y librería de Ignacio Boix.

Álbum biográfico: museo universal de retratos y noticias de las celebridades actuales de todos los países en las ciencias, la política, las letras, las artes, la industria, las armas, etc. (1849) Su autor D. Ángel F. de Ríos. Edición adornada con grabados dibujados por acreditados artistas de Europa y abiertos en madera por grabadores españoles. 4ª ed. corregida y aumentada. Madrid: Oficinas del *Semanario Pintoresco Español*.

El Fénix (1844), Madrid, Valencia Imprenta de Benito Monfort.

El Siglo Pintoresco, periódico universal ameno e instructivo al alcance de todas las clases. Tomo 1 (abr. 1845) - Tomo 3, 13 (enero 1848) Madrid: [s.n.], Establecimiento de Grabado e Imprenta de Vicente Castelló.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Ángel (1844), «Misterios de Madrid», *Almanaque Pintoresco Nacional para 1845*, Madrid, Boix editor, pp. 51-73.

— (1847), «Secretos de familia», *El Siglo Pintoresco*, pp. 252-256, 272-276 y 303-309.

— (1848), «Advertencia» [título tomado de las palabras finales del autor], a *La casa de Pero-Hernández. Leyenda histórica*, de Miguel Agustín Príncipe, Madrid, Baltasar González, pp. VII-XVI.

FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, Á.[ngel] (1864), *Tesoro de cuentos escogidos, arreglados o escritos* por D. A. Fernández de los Ríos. Ilustrados con magníficas láminas de nuestros primeros artistas, Madrid, Librería de San Martín.

- (1867), *Cuentos para todas las edades, escogidos, arreglados o escritos...* Magnífica edición ilustrada con láminas de nuestros primeros artistas. Segunda edición. Madrid 1867, imprenta de J. Peña, San Martín, y Jubera los editores, librería de Gaspar y Roig.
- (1876), *Guía de Madrid: manual del madrileño y del forastero*, Madrid, Oficinas de la Ilustración Española y Americana.
- GÜELL Y RENTÉ, José (1884), *Poesías*, con un prólogo de D. Ángel Fernández de Los Ríos, París, Librería de P. Bregi. Nueva edición corregida y aumentada. *La Iberia* (1860-64). Madrid, Oficina de La Iberia.
- La Ilustración. Periódico universal* (1849-1857), Madrid, Imprenta de B. González.
- El Mundo Pintoresco* (1860), Madrid, Imprenta y Litografía de Juan Martínez.
- La Soberanía Nacional. Diario progresista* (1864-65), Madrid, Imprenta de J. Rojas.
- La Soberanía Nacional. Lecturas del hogar* (1864-65), Madrid, Imprenta de J. Rojas.
- Las Novedades* (1850-1853), Madrid, Oficina del Semanario Pintoresco y La Ilustración, a cargo de Alhambra.
- Las Novedades* (1860). *Historias extraordinarias* [sic] por E.A. Poe; traducidas para el Folletín de *Las Novedades*, Madrid, Imprenta de las Novedades, a cargo de A. Trujillo.
- Los Sucesos* (1866-1867), Madrid, Imprenta de M. Tello. A partir de 1867, en el Establecimiento Tipográfico Los Sucesos, a cargo de Ramón Berenguillo.
- Semanario Pintoresco Español* (1847-1855), Madrid, Imprenta de B. González; desde 1849, Imprenta del Semanario Pintoresco Español y de la Ilustración, a cargo de G. Alhambra.

Fuentes Secundarias:

- ALCALÁ GALIANO, Antonio (1844), *Historia de España: desde los tiempos primitivos hasta la mayoría de la Reina Doña Isabel II*, redactada y anotada con arreglo a la que escribió en inglés el doctor Dunham, Tomo I, Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica.
- ALONSO, Cecilio (2002) «Fernández de los Ríos (1821-1880). La escritura militante», en Marie-Linda Ortega (ed.), *Escribir en España entre 1840 y 1875*, Fundación Duques de Soria, Visor Libros, Presses Universitaires de Marne-La Vallé, pp. 139-162.
- AMORES, Montserrat, 2001. «Cuentos de vieja de Juan Ariza. La primera colección de cuentos folclóricos españoles» en Jaume Pont (ed.), *Scriptura. El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados*, 16, pp. 25-46.
- 2018. «El Siglo Pintoresco (1845-1847): estudio e índice de una revista entre pintoresca y universal», *Revista de Literatura*, 2018, enero-junio, vol. LXXX, núm. 159, pp. 141-171. <https://doi.org/10.3989/revliteratura.2018.01.006>.

- y Rebeca Martín (eds.). 2008, *Estudios sobre el cuento español del siglo XIX*. Vigo, Editorial Academia del Hispanismo.
- y M^a. Jesús Amores (2016), *La narrativa breve en el «Semanao Pintoresco Español» (1836-1857)* Bellaterra (Barcelona), Universitat Autònoma de Barcelona.
- ANDERSEN, Hans Christian (1856), *Contes*, Typographie De Ch. Lahurk, Imprimeur du Sénat et de la Cour de Cassation. Traduits Du Danois par D. Soldi avec une notice Biographique Par X. Marmieret 40 vignettes par Bertall, Paris Librairie De L. Hachette Et C^{ie}.
- (1873), *Contes danois*, Paris, chez Garnier.
- (1875), *Nouveaux Contes*, Paris, chez Garnier.
- ANDERSEN, Hans Christian (2015^o), *Cuentos completos*, Cátedra, Madrid. Edición, introducción y notas de Enrique Bernárdez. Ilustraciones de Vilhelm Pedersen y Lorenz Frølich.
- AYALA ARACIL, M^a. Ángeles (2001) *Una docena de cuentos*, primera recopilación de cuentos de Narciso Campillo y Correa» en Jaume Pont (ed.), *Scriptura. El cuento español en el siglo XIX. Autores raros y olvidados*, 16, pp. 133-148. *Biblioteca Literaria, o colección de obras selectas, así instructivas, como recreativas. Madrid (1857-1859)*, imprenta de L. García, ed., librereros, de Bailly-Baillièrre, Duran y San Martin. Veinte y un tomos en 8^o.
- BOZAL, Valeriano (1979), *Ilustración gráfica del diecinueve en España*, Madrid, Alberto Corazón.
- BONNET CORREA, Antonio (1975), Ángel Fernández de los Ríos, Madrid, Artes Gráficas Municipales.
- CANTOS CASENAVE, Marieta (1999), «*Fernán Caballero*» entre el folclore y la literatura de creación. *Del cuento a la relación*, Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz / Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
- (2016), «La cultura visual en la prosa de Enrique Gil y Carrasco» en Valentín (ed.), *Enrique Gil y Carrasco y El Romanticismo*. León, Andavira-Universidad de León, pp. 177-202.
- (2017), «Sociabilidad y espectáculos óptico-pintorescos» en *Casinos, tabernas, burdeles: ámbito de sociabilidad en torno a la ilustración*, Córdoba, UCOPress; Toulouse: Presses Universitaires du Midi: 127-156.
- (2019), «*Verdades oportunas expuestas a su Majestad*, por Juan Vanhalen, ante el tribunal de la opinión pública» en Marieta Cantos Casenave y Alberto Ramos Santana (eds.), *Conspiraciones y pronunciamientos. El rescate de la libertad (1814-1820)*, Cádiz, Editorial UCA (en prensa).
- CARDERERA, Mariano (1855), *Diccionario de educación y métodos de enseñanza*, Madrid, Imprenta de A. Vicente.
- CUENCA, Luis Alberto de (2005), «Andersen en España», en Pedro Cerrillo Torremocha y Lucía Solana Pérez (coords.), *Andersen, «Ala de cisne»:*

- actualización de un mito (1805-2005)*, Secretaría General Técnica. Centro de Publicaciones. Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 103-115.
- D' AULNOY, Madama (1851) *Cuentos*, Madrid: [s.n.], Imprenta del Semanario Pintoresco Español y de la Ilustración, a cargo de G. Alhambra [Contiene: La bella de los cabellos del oro; El ramo de oro; El buen ratoncillo; El carnero; Fineta la cenicienta; La princesa Rosita; El pájaro azul; La gata blanca].
- EBERENZ, Rolf (1989), *Semiótica y morfología textual del cuento naturalista*. E. Pardo azán, L. Alas «Clarín», V. Blasco Ibáñez.
- EZAMA GIL, Ángeles (1996), «El cuento» en Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la literatura española*, 8, Siglo XIX (I), volumen coordinado por Guillermo Carnero Madrid, Espasa Calpe, pp. 738-747.
- EZAMA GIL, Ángeles (1998), «El cuento entre 1864 y el fin de siglo» en Víctor García de la Concha (dir.), *Historia de la literatura española*, 8, Siglo XIX (II), volumen coordinado por Leonardo Romero Tobar, Madrid, Espasa Calpe, pp. 700-711.
- FERNÁN CABALLERO (1859), *Cuentos y poesías populares andaluces coleccionados por Fernán Caballero*, Sevilla, Imprenta y Litografía de la Revista Mercantil.
- GARCÍA PADRINO, Jaime (2005), «La difusión de Andersen en España: en busca de su adecuado conocimiento» y «Las ediciones de Andersen en España (una breve selección bibliográfica» en Pedro Cerrillo Torremocha y Lucía Solana Pérez (coords.), *Andersen, «Ala de cisne»: actualización de un mito (1805-2005)*, Secretaría General Técnica. Centro de Publicaciones. Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 135-168.
- GINÉ, Marta (2008), «Sobre traducciones de relatos fantásticos franceses en España (Siglo XIX). De Cazotte a Maupassant» en Montserrat Amores y Rebeca Martín (eds.). 2008, *Estudios sobre el cuento español del siglo XIX*. Vigo, Editorial Academia del Hispanismo., pp. 241-263.
- HIDALGO, Dionisio (1862), *Diccionario General de Bibliografía Española*, Tomo I, Madrid, Imprenta de las Escuelas Pías.
- (1867). *Diccionario General de Bibliografía Española*, Tomo II. Madrid, Imprenta de Julián Peña.
- JURADO ZAFRA, Pepi, «Ramón de Navarrete» en *GICESXIX* [fecha de consulta 9 de octubre de 2018].
- MESONERO ROMANOS, Ramón (1880), «Más sobre Fernández de los Ríos», *La Ilustración Española y Americana* n.º XXV de 8 de julio de 1880, pp. 3-6.
- OLEZA, Joan (2008), «Cuento y mandato de presente. Relatos de autoficción en la prensa del siglo XIX» en *Estudios sobre el cuento español en el siglo XIX*. Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, pp. 13-34.
- OSSORIO Y BERNARD, Manuel (1868), *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, Madrid, Imprenta a cargo de Ramón Moreno.

- OSSORIO Y BERNARD, Manuel (1903), *Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*, Madrid Imprenta y litografía de J. Palacios, p. 134.
- PEÑAS RUIZ, Ana (2018), «Un “editor infatigable”: la trayectoria biográfica, editorial y empresarial de Ignacio Boix», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* n.º 24. Monográfico: «En letras de molde: impresores y libreros en los siglos XVIII y XIX», B. Sánchez Hita (coord.). pp. 133-171.
- PICÓN, Jacinto Octavio (1880), «Ángel Fernández de los Ríos», *La Ilustración Española y Americana* n.º XXIV de 30 de junio de 1880, pp. 423-427.
- POSADAS, Carmen (2005) «Mi lectura de Andersen» en Pedro Cerrillo Torremocha y Lucía Solana Pérez (coords.), *Andersen, “Ala de cisne”: actualización de un mito (1805-2005)*, Secretaría General Técnica. Centro de Publicaciones. Ministerio de Educación y Ciencia, pp. 117-123.
- PRAT FERRER, José (2013), *Historia del cuento tradicional*, Urueña, Fundación Joaquín Díaz.
- RIBERA, Carla (2009), «Hans Christian Andersen en *El Mundo Pintoresco*», en [<http://gicesxix.uab.es>] [fecha de consulta 9 de octubre de 2018].
- RIEGO, Bernardo (2001), *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado informativo en el siglo XIX*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- RISCO, Antonio (1982), *Literatura y fantasía*, Madrid, Taurus.
- (1987). *Literatura fantástica de lengua española. Teoría y aplicaciones*, Madrid, Taurus.
- RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja (2002), «El cuento romántico en tres revistas de la década de 1840: *El Laberinto* (1843-1845), *Revista Literaria del Español* (1845-1846) y el *Siglo Pintoresco* (1845-1848)», *Philologia Hispalensis*. XVII, pp. 7-30. Accesible en [<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc377r9>] [fecha de consulta 9 de octubre de 2018].
- (2004), *Historia del cuento español (1764-1850)*, Madrid, Frankfurt am Maim, Iberoamericana – Vervuert.
- 2008. «Cuentos en el *Semanario Pintoresco Español* (1836-1857)», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes [<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcs834>] [fecha de consulta 16 de septiembre de 2017].
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1998), «Lectores y lecturas en la primera mitad del siglo XIX: balance y perspectivas de investigación», *Bulletin Hispanique*, 100, 2. Juillet-Décembre, pp. 561-576.
- RUBIO CREMADES, Enrique (1995), *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y El «Semanario Pintoresco Español»*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert.
- SIMÓN DÍAZ, José (1946), *Semanario pintoresco español (Madrid, 1836-1857)*, Madrid, Instituto «Nicolás Antonio» del Consejo Superior de Investigaciones

- Científicas, «Colección de Índices de Publicaciones Periódicas dirigidas por Joaquín Entrambasaguas».
- TORRES SANTO DOMINGO (2003), «Los viajes del capitán Cook en el siglo XVIII. Una revisión bibliográfica» en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, VIII (441). [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-441.htm>] [fecha de consulta 22-19-2018].
- TRANCÓN LAGUNAS, Montserrat, (2000) *La literatura fantástica en la prensa del Romanticismo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- VALERA, Juan (1864), «Cuentos y fábulas, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, tomos I y II» en *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*. Tomo II, Madrid, Librerías de A. Durán, pp. 39-48. Digitalizado por Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, [<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc4q7r5>][fecha de consulta 9 de octubre de 2018].
- 1898. «Introducción» a *Cuentos y Chascarrillos andaluces, tomados de la boca del vulgo*, Madrid, Fernando Fe, I, segunda edición, pp. 15-16.
- VICENS PUJOL, Carlota (2009), «Cuento popular y rito iniciático. El pájaro azul en Mme. d'Aulnoy y en Juan Valera» en *Çédille, Revista de estudios franceses*, 5 (2009), 371-386.